

El *Coliseo* se debe á *Vespasiano* y á *Tito*.—Muchos millares de prisioneros judíos, traídos á Roma atados al carro del destructor de Jerusalem, trabajaron en esta obra nefanda, despues de haber visto caer en ruinas el templo de Salomon...

¡Misterios de Dios! El pueblo de Israel amasó con su sudor y su sangre el ancho circo destinado al martirio de los cristianos!

Tito inauguró el *Coliseo* el año 79 de nuestra era con unas fiestas que duraron cien días consecutivos, durante los cuales perecieron allí 2,000 gladiadores y 5,000 fieras!!—Despues son innumerables los esclavos, los cautivos y los creyentes que han derramado su sangre en aquel suelo.—¿Quién ignora, solo por lo que atañe á los cristianos, las sangrientas hecatombes de los tiempos de Domiciano, Marco-Aurelio, Setimio-Severo, Maximino, y sobre todo las decretadas por Diocleciano, las de la *Era de los Mártires*?

Pero volvamos á olvidar lo pasado, y consideremos el *Coliseo* tal como hoy se halla; tal como yo lo he visto esta noche.

La luna bañaba aquella mitad del circo y de las gradas en que habia dado el sol durante el día. La otra mitad, la parte de *sombra*, estaba cubierta de nieve.

Avancé hácia la region iluminada por la luna, sin separarme del *Podium* ó barrera (pues no sé por qué, me daba miedo de cruzar diametralmente la anchurosa arena), y reparé que, de trecho en trecho, se levantaban en torno del circo unos solitarios pilares, á la manera de garitas, cuyo destino no podia comprender.

Acerquéme á uno de ellos; pero estaba en la humbria, y no acerté á distinguir su verdadera forma, ni mucho menos la naturaleza y objeto de una como lápida, preservada por una verja de alambre, incrustada en el lado de la pilastra que miraba al centro del anfiteatro.....

¿Qué podia ser aquello? ¿Serian monumentos levantados para perpetuar la memoria de los Césares? ¿Serian refugios para los luchadores perseguidos por las fieras?—Repito que no podia adivinarlo.

Llegué, en fin, á un tercer pilar en que daba la luna; fijé una tenaz mirada al través de la regilla de alambre, y... ¿qué direis que ví?—¡Ví la pálida cabeza de Jesucristo!

Era, sí, una pintura que representaba á *Jesus Nazareno* con la cruz acuestas, coronado de espinas, con el rostro ensangrentado, y el dolor y la manse-dumbre en los anublados ojos...

Esta aparicion me asombró primeramente: luego infundió en mi alma gratitud, veneracion y ternura: por último, me comunicó valor y tranquilidad; me dió compañía en aquella soledad de muerte, y alejó de mi imaginacion todos los frios espectros que la aterraban un momento antes.

Y dejé de temer que en los subterráneos del *Coliseo* hubiese quedado escondida, bajo los escombros del imperio romano, alguna tigre con sus cachorros; y comprendí que el sepulcro de la antigüedad pagana era la cuna de la Nueva

Era; y encontré que no me hallaba solo en aquellas ruinas en que vivia el espíritu de Dios; y recordé finalmente que no estaba en un teatro maldito, sino en un templo consagrado á los *Mártires*.

Aquellos pilares eran un *Via Crucis*.

Entonces me atreví á atravesar la *arena* de extremo á extremo.

Al acercarme al centro del coso, ví levantarse en los aires una enorme Cruz negra, cuyos brazos parecian tocar en Oriente y Occidente.

Esta cruz, herida oblicuamente por la luna, se copiaba en el suelo con proporciones tan colosales, que abarcaba toda la arena.

Yo me acordé de la cruz que se apareció á Constantino cuando marchaba contra Magencio, y creí leer en ella las milagrosas palabras: *In hoc signo vinces*.

La cruz que se alza en medio del Coliseo fue levantada por el papa Benedicto XIV, asi como las capillas ó *Estaciones* de la *Via Sacra* que he citado.

Desde los tiempos de aquel pontífice se celebra en el ancho circo, todos los viernes por la tarde, una funcion religiosa, que consiste en el *Via Crucis* y en un sermón—predicado al aire libre por algun piadoso fraile desde el lugar que ocupaban los emperadores durante las sanguinosas fiestas en que murieron tantos cristianos,—sermón que escucha tranquilamente el pueblo romano de hoy, sentado en las mismas gradas en que sus progenitores aplaudian hace quince siglos los cruentos espectáculos que anatematiza el predicador.

No sé por qué, al considerar estas cosas, me inquieta en cierto modo el que una misma raza sea juez, parte y testigo en el proceso histórico-religioso que se abre allí todos los viernes.

Por lo menos, puedo asegurar que en tales ceremonias no dominará aquel íntimo y entrañable sentimiento con que se oye misa en *Santa María* de la Alhambra, esto es, en la iglesia cristiana levantada sobre los alcázares del ausente y desheredado moro; asi como que tampoco experimentarán los católicos de Roma, en las solemnidades religiosas del *Coliseo* ó del *Pantheon*, las sublimes emociones con que un español ó un francés visitarían el Santo Sepulcro... despues de haber arrojado de Jerusalem (porque no bastaria vencerlos ni dominarlos) á los judíos, á los turcos y á los árabes que hoy la profanan.

Pero, en fin, esto que digo se refiere á la presencia del *romano* en Roma; no á la del *católico*.—Nosotros, los hijos de otros climas, sentimos en las márgenes del Tiber lo mismo que sentiríamos en las orillas del Jordan. Nosotros no somos cómplices de Neron y Domiciano. Para nosotros, los actuales habitantes de Roma tienen algo de gentiles. Tan latinos como somos por el idioma, por la civilizacion, hasta por la sangre, nosotros representamos la accion del mundo sobre Roma,—accion que resultó de la altísima política de César.

El centinela galo que guarda la puerta del *Coliseo*, protege el santuario de los mártires contra la plebe romana.—Hace quince años el *Coliseo* era una cueva de bandidos.

Los romanos de hoy no se horrorizan delante de los escombros de la gentili-

dad, por la sencilla razon de que esos escombros representan el solar de sus mayores.

Quizás no olvidan tampoco que el cristianismo fue el rayo con que Dios hi-rió la frente del Capitolio.

El pueblo de Roma tiene que ser, por consiguiente, ecléctico: cuando mas, se considerará á sí propio y á un mismo tiempo, como el vencedor y el vencido.—La conversion de Constantino fue una transaccion... Muchos han dicho que una fusion.—Y de aquí los Iconoclastas; de aquí Savonarola, Arnaldo de Brescia y Rienzi; de aquí Juan de Huss; de aquí la Reforma; de aquí muchas de las cosas que suceden hoy.

Mas de una hora he permanecido dentro del Coliseo. Durante ella lo he recorrido en todas direcciones y subido á lo alto de las gradas...—Allí, sentado en frente de la luna, con el ancho circo á mis pies, he contemplado las caducas ruinas, cubiertas de efimera nieve, y el inmutable cielo, decorado de sus luces eternas, de los mismos luceros que consultaban los fundadores de Roma, de la misma luna que vió conspirar á los Gracos; que miró á los galos acampados á las orillas del Tiber; que brilló en los ojos de Anibal; que alumbró á César; que presencié el incendio decretado por Neron; que brilló en el cielo la noche del martirio de San Pedro; que reflejó sus rayos en las hordas capitaneadas por Alarico, Genserico, Atila, Ricimir, Odoacro, Totila y tantos otros devastadores de Roma...

¡Oh! sí: era la misma luna: la que inspiró á Virgilio, á Horacio, á Tibulo y al poeta de los *Tristes*:

lunaque nocturnos alta regebat equos...

¡Cuántas oleadas de hombres deshechas contra la roca impassible del tiempo! Los conquistadores de Grecia, de Siria, de Egipto, de Cartago, de España, de Bretaña, de Francia, de Alemania; los ejércitos que describen Salustio, César, Tito Libio y Tácito; las falanges de los Escipiones; las masas populares agitadas por Mario; el patriciado que representaba Sila; el auditorio de Ciceron; las legiones de César; las escuadras de Antonio y Octavio; las haces de Pompeyo; los conjurados con Catilina; y tantos senadores, y tantos tribunos, y los pretores, y los esclavos, y las vestales, y las cortesanas, y los lictores... todo ha desaparecido como las nubes que se borran en el cielo.

Bajaron del Norte otras razas; vino de Oriente otra religion; acudieron del Mediodía las tribus agarenas; cubrieron mares de sangre el Occidente de Europa; desbordóse hácia Occidente la nueva civilizacion; surgió la América... y el paganismo en tanto pareció enterrado para siempre.

El mundo se había cubierto de generaciones espiritualistas,—de anacoretas, de trovadores, de caballeros andantes, de religiosos, de cruzados, de escritores místicos, de muchedumbres penitentes, de todo linage de ascetas;—el espíritu se había levantado un momento sobre la materia; todo era olvido y desden ó

abhorrecimiento y destruccion contra los restos del antiguo mundo; el fuego, el hacha y el martillo se afanaron en destruir, en pulverizar los templos, los palacios, los arcos, las estatuas, los circos, todos los vestigios de la gentilidad...

Pero bajaron las aguas; pasó el caos de la refriega; brilló la luz, y el filósofo tendió una mirada sobre el universo...

Y ¿qué es lo que vió?

Vió lo que yo veía esta noche desde lo alto del Coliseo, al rayo de la luna: vió el paganismo insepulto; los monumentos de la antigua Roma, volviendo á surgir de la tierra; el esqueleto del mundo antiguo, apareciendo de nuevo á los ojos de los mortales; unas ruinas que han vivido más como escombros que todo lo que se construyó sobre ellas; las raíces de aquella civilizacion, nutridas todavía por la sabia vital, retoñando briosas al cabo de quince siglos; caliente rescoldo debajo de las cenizas frias...—el materialismo sobreponiéndose á la idea.

Ya eran las once cuando salí del anfiteatro.

—¡Al hotel! le dije al cochero.

Este era ya amigo mio y había comprendido el objeto de mi paseo nocturno.

Háme traído, pues, á la plaza de España por un camino infinitamente mas interesante que el que llevamos para ir al Coliseo.—Háme traído por las ruinas de la Roma clásica; por el *Foro Romano*; por el *Capitolio*...

Es decir que he pasado por el *Arco de Constantino* y por el *Arco de Tito*; por en frente del *Templo de Venus y de Roma* y del *Templo de la Paz*; cerca del *Templo de Remo* y del *Templo de Antonino y Faustina*; al pie del palacio de los *Césares*; por en medio del *Foro*; por la *Via Sacra* y por delante del *Arco de Setimio Severo*...

Los tres *Arcos* citados se hallan todavía de pie: los *Templos* han sido convertidos en iglesias cristianas; pero conservando sus antiguos pórticos: del *Foro* no queda mas que el lugar que ocupaba, llamado hoy por los romanos *Campo Vaccino*, á causa de haber habido allí hace doscientos años un mercado de bestias...

Ya volveré de día á aquellos lugares, y te los describiré minuciosamente, recordándote algo de su historia. Por esta noche me bastará con hacerte sentir la misma emocion que yo acabo de experimentar al subir la cuesta que conduce desde el *Foro* hasta el *Capitolio*.

Desde aquel paraje se descubren todos los monumentos que he enumerado, y otros muchos mas. Allí es precisamente donde se han practicado mayores escavaciones, haciendo salir de la tierra elegantes columnatas erguidas sobre sus bases, y otras hechas pedazos y tendidas melancólicamente entre los montes *Palatino* y *Aventino*. Allí se ven las tres columnas que restan del *Templo de Vespasiano* (que algunos creen el de *Júpiter Tonante*); otras tres columnas, tambien reunidas y como abrazadas para no caer, del *Templo de Júpiter Stator*; un grupo de ocho columnas del *Templo de la Fortuna*; el célebre *Tabularium*; la so-

litaria *Columna Focas*; y mil y mil fustes y capiteles rotos y esparcidos por la tierra.

La luna hería de frente las esbeltas y desiguales moles de las columnas que se alzan todavía en aquel campo de desolación; y al contemplarlas allí abandonadas, solas, en medio de tanta ruina, me parecían tristes huérfanas que lamentaban el hundimiento de sus antiguos hogares. Aquellas tres de quienes he dicho que se abrazan para sostenerse mutuamente, me hacían la ilusión de tres hermanas que lloran juntas una misma pena. De otras he creído que son blancas vestales que, fieles á su juramento, velan por el fuego sagrado, después de tantos siglos como han trascurrido desde que murieron los últimos Grandes Sacerdotes.

¡Oh! quien no haya contemplado un cementerio á la luz de la luna; quien no conozca la fantástica vida que adquiere el mármol cuando lo esclarece el astro melancólico, no podrá comprender todo el misterio, toda la poesía de aquel sublime espectáculo.—La luna es el sol de los que fueron, el alma de la soledad, la única compañera del olvido.—*Roma antigua*, vista de aquella manera, desde lo alto del *Capitolio*, tenía mas vida, existía mas en mi imaginación que la *Roma moderna* que se me apareció un momento después al otro lado de la sagrada cumbre.

Y sin embargo, el panorama que se descubría desde allí era también magestuoso. Casi toda la ciudad papal se extendía por aquella parte, coronada de torres y cúpulas é iluminada por el astro de la noche,—cuyos fulgores reflejaban en la pizarra de los techos, en los cristales de los balcones, en el agua de las fuentes.

En torno mio se alzaban los palacios que constituyen el *Capitolio* de hoy, dibujados por Miguel Angel: á mi lado campeaba la estatua ecuestre de *Marco Aurelio*: á mis pies empezaban una vasta escalera y una larga rampa adornadas con las *Estatuas de Constantino y de su hijo*, con la *Columna miliaria de Vespasiano y de Nerva*, con los *trofeos de Mario*, y con las célebres estatuas colosales de *Castor y Polux*...

Pero todo esto no era nada para mí comparado con la sola idea de que estaba en el *Capitolio*, en aquel lugar consagrado á Júpiter por los Tarquinos, en la antigua ciudadela de Roma, en el templo de su gloria, tantas veces abrasado por el incendio ó regado de sangre humana; allí donde la antigüedad divinizó á los guerreros y la edad-media á los cantores; allí donde fue coronado Petrarca y asesinado Rienzi; allí donde se halla la gran campana que anuncia al mundo la muerte de los sucesores de San Pedro...

Era ya cerca de media noche...

*Jamque quiescebant hominumque canumque,
Lunaque nocturnos alta regebat equos:*

he vuelto á repetir en aquellos lugares; y

Hanc ego suspiciens, et ab hac CAPITOLIA cernens,

como el infortunado poeta, he exclamado, dirigiéndome, no á los dioses que él

invocaba, sino á él mismo y al César que lo desterraba y á todos los grandes hombres de la antigua Roma:

¡Este salutati tempus in omne mihi!

Después de lo cual he vuelto á tomar el coche, (que había bajado del *Capitolio* por la rampa, en tanto que yo bajaba por la escalera) y me he hecho traer al hotel, á tiempo que la luna se ocultaba en Occidente.

Al pasar por la *Piazza Trevi* he oído, mas que visto, la célebre fuente del mismo nombre, cuya colosal ornamentación cubre toda una fachada de un palacio.

Por esta fuente fluye hace diez y ocho siglos un río, llamado *Acqua Vergine*, que llega á Roma sobre un acueducto de ocho millas de largo.

El rumor de aquellas aguas que caen de pila en pila, formando numerosas cascadas, era el único rumor que se sentía en la ciudad eterna.

Lo demás yacía en los brazos del sueño ó en el regazo de la muerte.

III.

La Basílica de San Pedro.

Roma 23 de diciembre.

Vengo de ver la *Basílica de San Pedro*, la catedral del mundo.

Si aquella *Iglesia* de que le habló Jesucristo al príncipe de los Apóstoles pudiese representarse materialmente, diría que acabo de visitarla.

La Basílica de San Pedro se ha edificado sobre el *circo de Neron*, donde tantos cristianos sufrieron el martirio, y donde se dice que fue enterrado San Pedro después de padecer muerte en cruz.

Hoy se veneran allí mismo, en un magnífico sepulcro, parte de los huesos del *Pescador*...—Por consiguiente, hasta la alegoría se ha cumplido.—*Pedro* ha sido la primera *pedra* del templo.

Durante algunas horas, no me he atrevido á decidir qué me impresionaba mas en aquellos lugares; si lo que pensaba ó lo que veía; esto es, si la consideración de que me hallaba en el centro y cabeza del mundo católico, al lado del trono de los papas, ó si el aspecto de aquella gran maravilla artística, de aquel magestuoso templo, que no tiene rival, ni acaso lo ha tenido en todo el orbe...

Semejante perplejidad no carecía de fundamento.—La Basílica, bajo el punto de vista del arte, siendo como es tan augusta, tan sublime, tan prodigiosa, no interpreta genuinamente (y ya hablaré de esto mas despacio) los sentimientos, las ideas que acuden allí al alma de los peregrinos...

En este momento me aventuro ya á asegurar que de todas las emociones que he experimentado esta mañana, la mas viva, la mas honda, la mas punzante era la que me causaba la escelsitud moral de aquel templo, su alta significación, lo